

## Notas sobre la recepción de “El capital” en México

Luis Anaya Merchant<sup>1</sup>

Recibido: 24 de mayo de 2018 / Aceptado: 14 de enero de 2019

**Resumen.** El trabajo explora los ambientes sociopolíticos y culturales bajo los que fue conocida la obra de Karl Marx en México a lo largo del siglo XX. En especial por su *opus magnum* cuyas primeras ediciones recorrieron un camino enredado, que contrasta con la riqueza de los importantes proyectos editoriales que se desplegarían en las décadas de los setenta y ochenta. El engarce que supone México para Norteamérica y Latinoamérica acerca y aleja su experiencia sociopolítica y cultural respecto de ambas realidades haciéndose igualmente copartícipe de ellas. Desde temprano la influencia radical norteamericana también se combinó con corrientes europeas para alentar la difusión del pensamiento socialista en México, pero serían los cambios de la influencia conservadora norteamericana los que invertirían el patrón al final del siglo XX. También su crisis de 2008 ha renovado el interés en pro de un nuevo ciclo de recuperación de la teoría crítica.

**Palabras clave:** *El capital*, recepción, historia editorial, México, traducciones/interpretaciones, partido comunista.

**Códigos JEL:** B14, B51

### [en] Notes on the reception of “Capital” in Mexico

**Abstract.** The work explores the socio-political and cultural environments under which the work of Karl Marx in Mexico was known throughout the 20<sup>th</sup> century. Especially for his *opus magnum* whose first editions went through a tangled path, which contrasts with the richness of the important editorial projects that would be deployed in the 70s and 80s. The link that Mexico assumes for North America and Latin America brings its socio-political and cultural experience closer to and away from both realities and becomes equally participant in them. Since early the American radical influence was also combined with European currents to encourage the spread of socialist thought in Mexico, but it would be the changes in the American conservative influence that would reverse the pattern at the end of the 20<sup>th</sup> century. Also, its 2008 crisis has renewed interest in favor of a new recovery cycle of the critical theory.

**Keywords:** *The capital*, reception, editorial history, backwardness, liberal-magonist, communist.

**JEL Codes:** B14, B51

**Sumario:** 1. Introducción e interrogantes. 2. Movimientos y pensamientos alternativos. 3. El Estado revolucionario y el socialismo populista. 4. El socialismo académico. 5. Comentarios finales. Bibliografía.

**Cómo citar:** Anaya Merchant, L. (2019) “Notas sobre la recepción de ‘El capital’ en México”, en *Iberian Journal of the History of Economic Thought* 6(1) (2019), 55-68.

---

<sup>1</sup> Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

“Los libros de más de veinte pliegos  
no son libros escritos para el pueblo”  
Karl Marx<sup>2</sup>

## 1. Introducción e interrogantes

Cómo fue leída la obra clave de Marx en México es una pregunta de respuestas difíciles. Una que abre muchas otras interrogantes. Las decenas de miles de ejemplares de *El capital* que circulan en México ¿acaso representan una ratio de lectores? ¿cuál? ¿cómo estimarlo? ¿Cómo ha sido modificado por la accesibilidad de la que ahora disputamos, por medios digitales, gracias al enorme y aplaudible esfuerzo de MEW y MEGA? ¿Qué relevancia práctica tiene que millares de personas comprendan su mensaje crítico o que se denominen “marxistas”?

Desde luego, la historia de la recepción de una obra de gran envergadura intelectual se relaciona íntimamente con su propia historia editorial. Y la historia editorial de la obra de Marx es una historia frágil, asediada, enredada y de demasiados claroscuros. No es inteligible en una primera aproximación y precisamente por ello ensayamos una reflexión que quizá podría orientar a las jóvenes generaciones sobre algunos fragmentos de la historia de su recepción. En principio, cabría subrayar que el marxismo se convirtió en una ideología oficial cuando México estaba inmerso en su propia guerra civil y cuando no estaba editada ni siquiera una quinta parte de su obra. Así, en ese entonces no existía, como tampoco existe hoy, la posibilidad de una aproximación ingenua. Ayer, la obra de Marx aparecía como una promesa de liberación inédita, mientras que hoy los estereotipos vigentes rápidamente la asocian con la doctrina oficial de un régimen político agotado o, en todo caso, con “la filosofía” de *movimientos* sociales cuasi proscritos o, por lo menos, al que los *mass media* cotidianamente ridiculizan.

Por otra parte, nunca ha sido sencillo aproximarse al hombre que la escribió. Su biografía concita dilemas. Denostadores y críticos lo presentan como un radical desorientado, un inventor de *Frankensteins* sociales que conducen a la futilidad, desgaste y ruina social; por

el contrario, la propaganda socialista —de casi cualquier veta— y sus admiradores suelen presentarlo como un hombre santo<sup>3</sup>. Ha resultado un desafío comprenderlo como un ser humano singular. Y esto, sin considerar las dificultades que suponen reconstruir sin vicios notables la biografía de cualquier persona de origen relativamente común, conocido en su época como periodista y cuya vida privada se “replegará” —relativamente luego de 1862— a la de un “investigador” obsesivo que soñaba “vivir tranquilo y proseguir con su trabajo”. Pocos detalles se conocían de sus incansables e intolerantes polémicas con excolegas y refugiados similares a él; apenas se conocía su temprana y caústica mirada sobre el Estado y la sociedad rusas, pues Rusia era sinónimo de absolutismo para la mayoría de los radicales al iniciar el XIX. Sus análisis de la guerra del opio en China, la de Crimea o la insurrección de la India o sus largos y enredados textos de contraespionaje serían conocidos solo en Estados Unidos y principalmente por recién inmigrados.

Sirva a título de ejemplo que pasarían más de cien años para que una generación de intelectuales conociera fragmentariamente algunas ideas del Marx joven para luego discutir si era legítimo reconocer en ellas al Marx maduro. Sesgados biógrafos contemporáneos, como Manuel<sup>4</sup>, aún discuten si fue un judío “renegado” y si esta característica definió toda su obra. A su juicio de una categoría especial de renegado, que lo llevó a una irrefrenable y enfermiza pasión contra la sociedad industrial capitalista —pese a explícitas virtudes que “el filósofo de Tréveris” refiere de este modo de reproducción social—; que lo condujo a la miseria y a sufrir la trágica muerte de tres de sus hijos<sup>5</sup>.

Con el paso del tiempo se conoció un poco más su vida. La familia, el Doktor Club de Berlín, la participación política en Alemania, París y sus diversos exilios continentales ocuparon lugares de mayor relieve. Las enciclopedias seguían ayudando un poco a su entendimiento, que continuaba presentándose en forma de dilema: un nuevo profeta de sueños irreales o un científico difícil de comprender. Uno que defendía al pueblo bajo pero que no siempre escribía para él.

<sup>2</sup> Marx a Arnold Ruge, 13 de marzo de 1843, MEW, 27. Cada pliego se componía de 8 páginas.

<sup>3</sup> Cornú (1967).

<sup>4</sup> Manuel (1995).

<sup>5</sup> Sperber (2013: 285) destaca la depresión y desesperanza que sumió a Marx durante más de “dos años y medio” por la muerte de su hijo Edgar el 6 de abril de 1855 a los 8 años. “En este lúgubre panorama familiar, hubo un pequeño rayo de luz: el nacimiento de una hija, Eleanor, el 17 de enero de 1855. Los primeros meses de la vida de la niña fueron difíciles y parecía que podría acabar como Heinrich Guido y Franziska”.

Habiendo presentado nuestra duda anterior, este ensayo tiene un propósito orientativo para los interesados en relacionar avatares de la izquierda mexicana y la obra de Marx. El ensayo se divide en tres partes. La primera aborda el surgimiento de movimientos alternativos y de pensamiento crítico durante el siglo XIX. El segundo, presenta un cuadro contextual de las primeras recepciones de la obra de Marx en las primeras décadas del XX. La tercera presenta algunas líneas del desarrollo del marxismo después de los años cincuenta y hasta el final de los años ochenta.

Solo una palabra del último corte: responde, en términos amplios, a la disolución de la URSS y, específicamente, a la regresión política mexicana de 1988. La disolución derruyó herencias de la revolución de 1917 y con ello cuestionó profundamente una alternativa para resolver problemas de justicia social. En términos nacionales, la usurpación salinista profundizó los proyectos neoliberales, liquidó políticas regulatorias y antiguos compromisos del régimen con sectores populares que mitigaban la desigualdad económica. Las alternativas que suponían ambos modelos lucían rebasadas previamente, pero esos acontecimientos las excacerbaron; los problemas permanecieron abiertos, pese a la estruendosa declaración del fin de la historia, que siguió a la prevista crisis de 2008. De ahí a entonces, la irracionalidad de las contradicciones capitalistas replantea la pertinencia de revisar las experiencias del siglo XX.

## 2. Movimientos y pensamientos alternativos

Con un marcado multiculturalismo étnico, un notable retraso agrario y herencias coloniales importantes, México era un país de centros mineros predominantemente apropiados por extranjeros y de haciendas de tamaños y cultivos heterogéneos donde bullían tendencias hacia la concentración de gran escala. Al segundo tercio del siglo XIX las antiguas comunidades campesinas se disolvían y sus miembros se transformaban cada vez más en empobrecidos

peones. El avance industrial era tan incipiente como la urbanización, con excepción de la ciudad de México. Y como la “evolución” de la estructura económica condiciona el grado de conciencia social de la clase trabajadora, se comprenderá que ésta se encontraba en la miseria.

El nacimiento de la república mexicana en 1824 no trajo la descolonización ni nuevas industrias. Su formación y el de la clase obrera irían despacio. Las primeras organizaciones de trabajadores fueron “sociedades de socorros mutuos” que perseguían “organizar a productores agrícolas e industriales, difundir adelantos técnicos extranjeros y nacionales, combatir el contrabando, promover la producción nacional por medio de exposiciones, instruir a operarios y fomentar la formación de cajas de ahorros”<sup>6</sup>. Pasarían varias décadas para que los esfuerzos cohesivos de los trabajadores fueran más ambiciosos o, en su caso, aparecieran problemas laborales propiamente capitalistas. Sería en 1875, cuando el *Gran Círculo de Obreros* integró a descontentos de veintiocho “sociedades”, “hermandades”, “uniones” y “fábricas” del *hinterland* de las ciudades de México, Cuernavaca, Hidalgo y Veracruz, en la zona central; de Colima, Nayarit y Guaymas hacia el Pacífico y de Matehuala, Camargo Monterrey y Montemorelos en el centro norte del país<sup>7</sup>. Nunca los obreros mexicanos habían emprendido un esfuerzo organizativo de tal magnitud y como prueba de su poco arraigamiento, en los años subsiguientes sería disuelto casi por completo. Algunos círculos obreros y luchas campesinas recibieron la influencia de Plotino Rhodakanaty, socialista griego que infortunadamente no conoció a los primeros socialistas utópicos mexicanos<sup>8</sup>.

La dictadura porfirista (1876-1911) impuso su modernización siguiendo un programa de acumulación criollo y colaborando con consolidados capitalistas norteamericanos y europeos. Expolió tierras a campesinos y trasladó costos a salarios de miseria a sectores laborales. Al resentir coacciones y empobrecimiento, las clases trabajadoras manifestarían su rechazo en más y mayores huelgas y protestas

<sup>6</sup> Leal (1991). Anaya (2014). Sus ideas eran socialmente ambiguas, centradas en necesidades inmediatas: crear “fondos de ayuda” para enfermedades, accidentes, orfandad y viudez. En su mayoría se fundaban sobre ideologías cristianas, que en casos de conflicto ecúmenicamente conciliaban con los patrones. La dispersión poblacional, frecuentes asonadas militares y dos invasiones externas permitirían atenuar contradicciones sociales bajo la bandera del patriotismo.

<sup>7</sup> Leal (1991: 25 y ss.).

<sup>8</sup> Illades (2002).

rurales. Se dieron casos de intereses laborales nativos desplazados para que capitales extranjeros incorporaran incluso a sus trabajadores nacionales menos calificados<sup>9</sup>. Ello propició que entre los trabajadores mexicanos decantaran sentimientos nacionalistas y no las posturas internacionalistas de sus pares europeos y norteamericanos, donde traslucían mejor las contradicciones de clase. Este tipo de motivaciones aflorarían en el pueblo cuando la elite política no pudo resolver el problema de la sucesión presidencial que condujo al estallido maderista.

Cuando México entró a su gran convulsión social, la discusión pública estaba centrada en aspectos electorales inmediatos y el debate, realmente, se restringía a pocos escritores. La falta de intelectuales que gozaran de consensos amplios era correspondida con el extendido analfabetismo popular. La revolución mexicana fue un fenómeno ayuno de respaldos teóricos o de programas ideológicos masivamente aceptados. Aunque, al fondo del diseño popular, hubo la excepción de una pequeña “organización anarquista” contestataria: el liberal-magonismo. La historia de la represión de sus miembros y periódicos ilustra, como en la temprana república española, la relevancia de los gremios de impresores en la difusión de las ideas radicales. El 7 de agosto de 1900 apareció en San Luis Potosí el primer número del célebre periódico *Regeneración* redactado por Ricardo, Enrique y su hermano mayor Jesús Flores Magón. Con Librado Rivera, Juan Sarabia, Camilo Arriaga y otros miembros del club liberal “Ponciano Arriaga”, manifestarían su oposición al régimen acusándolo de claudicar en su liberalismo y nacionalismo, e.g., al permitir la intervención eclesiástica en asuntos públicos. La historia de su rebeldía y sus incipientes comienzos es importante pues influirían sobre el movimiento laboral mexicano y en líderes que fundarían partidos y organizaciones de orientación radical.

En el primer lustro del siglo XX y en lo que debieron ser ediciones baratas, esta generación

de abogados liberales encontró en Kropotkin, Malatesta, Máximo Gorki y Marx ideas para radicalizarse en sentido anarquista que vertirían en *Regeneración* o *El Hijo del Ahuizote*.<sup>10</sup> Sus contactos con descontentos fueron amplios, incluso recurrieron al oligarca Francisco I. Madero, de quien aceptarían dinero en su lucha común contra Porfirio Díaz. Disintiendo de prepararse para la competencia electoral como sugería Madero, los liberal-magonistas convocarían a la revolución “práctica” cuando sus condiciones de desarrollo teórico eran castigadas por la persecución, miseria y clandestinidad.

Exiliados en los Estados Unidos, los anarcoliberales magonistas tendrían contacto con miembros de la IWW y radicales norteamericanos. Entre estos con militantes del partido socialista norteamericano que dirigía Eugene Debs; como John Kenneth Turner, Job Harriman, James S Roche, John Murray y la acaudalada Elizabeth Trowbridge, quienes formarían un comité socialista para defender a perseguidos políticos mexicanos. Su interacción sería relevante para ambos grupos, aunque el tiempo y diferencias los separaran posteriormente. Así, Murray investigó las condiciones sociales en *Valle Nacional* y al regresar en junio de 1908, publicaría artículos sobre México en la *International Socialist Review*. Su relevo fue Turner, quien entró a México con Lázaro Gutiérrez de Lara para recorrer Valle Nacional y Yucatán. Abrevando notas de corresponsales magonistas yucatecos conoció escándalos previos de abusos a trabajadores<sup>11</sup>. Turner describiría condiciones próximas a la esclavitud en los campos de tabaco y henequén; su famoso libro, *México bárbaro* no introdujo el marxismo, pero fue un poderoso acicate contra el injusto modelo modernizador que sostenía Díaz; propició que el lema *Tierra y libertad* de los magonistas transformados en anarcosindicalistas fuera adoptado por revolucionarios de estratos bajos. Obviamente era un eco compartido con la revolución rusa, implicaba una transformación radical en la fuente de la ri-

<sup>9</sup> Aunque había matices pues si bien los capitales externos preferían su mano de obra calificada, en su mayoría aceptaban el trabajo simple de los mexicanos, aunque esto no ocurría con norteamericanos ni españoles.

<sup>10</sup> Periódicos buscados, compartidos y también reprimidos, que influían y se retroalimentaban —a través de corresponsales— de y con información de pasquines provinciales de Chihuahua, Yucatán, Tamaulipas, Coahuila, Veracruz, etc. Al parecer, *La conquista del pan* de Kropotkin fue el libro que más divulgaron en el primer lustro del siglo XX.

<sup>11</sup> Aprovechando el racismo de las elites mexicanas se encubrió el trayecto como un viaje comercial en el que Gutiérrez era presentado como intérprete o guía. Un pasquín meridano, *El padre Clarencio*, publicó el encarcelamiento de Escoffie y Tomás Pérez Ponce por acusar a Medardo Molina, hermano del poderoso Ministro de Fomento de Díaz, esclavizar a los peones de su hacienda Xcupich.

queza y, por tanto, del régimen político. Aquel lema tuvo influencia, pero los precursores del movimiento socialista mexicano no tuvieron ninguna entre los principales dirigentes revolucionarios. Acaso su ideario radical propiciaría que las fuentes anarquistas, “Proudhon, Bakunin y Kropotkin, atestaran las librerías de México”<sup>12</sup>.

### 3. El Estado revolucionario y el socialismo populista

No puede colegirse que los radicalizados liberal-magonistas introdujeran a Marx en México, pero innegablemente abonaron los ambientes que lo recibieron. Aquellas olas de literatura radical también oscurecieron la llegada del marxismo. Mario Gill, estudioso de los magonistas, señaló: “la literatura marxista fue introducida en México, con propósitos concretos de propaganda política, por don Carlos Zierold, el fundador del partido socialista mexicano en 1911”<sup>13</sup>. Pero lo hizo sin explicitar las obras a las que se refería.

Como su nominación es a la “literatura”, uno podría pensar que fue el *Manifiesto del Partido Comunista*, cuya primera traducción al español fue de 1884<sup>14</sup>. Aunque si él pensaba en *El capital*, entonces las opciones eran tres: la producida por republicanos radicales, la del Partido Socialista Obrero Español y la de Juan B. Justo. La primera fue publicada por entregas en *La República*, de Madrid, entre 1886 y 1887, gracias al trabajo del abogado Pablo Correa y Zafrilla<sup>15</sup>. La segunda tuvo por trasfondo la confrontación del PSOE y los republicanos; se trató de un resumen que fue publicado en su órgano de difusión, *El Socialista*, siendo Antonio Atienza el traductor de este resumen de *El capital* que realizara Gabriel Deville a partir

de la conocida traducción francesa de Roy<sup>16</sup>. Esta traducción era la misma que —en forma completa— estaba empleando Correa. Aunque también pudo referirse a la tercera que hoy resulta un poco más conocida, la del socialista argentino Juan Bautista Justo de 1898, que tradujo aparentemente en Madrid sobre la base de la cuarta edición alemana realizada por Engels en 1890<sup>17</sup>; esta misma versión fue reeditada en México en 1932 por *Fuente Cultura*<sup>18</sup> y al parecer también por Ediciones Pavlov. En los tres casos solo traducía el primer tomo.

Además de las versiones referidas al parecer existió una cuarta, que decidimos no referir antes porque no obstante ser temprana ya no se corresponde cronológicamente con las fechas señaladas por Gill. Esta cuarta edición, que no hemos podido cotejar, habría sido publicada en Barcelona por el editor B. Bauzá en 1915<sup>19</sup>. En cualquier caso, también es posible que circularan versiones en inglés traídas a México por el nacionalista e independentista hindú Manabendra Nath Roy, reconocido fundador del Partido Comunista Mexicano o por iniciativa de sus compañeros norteamericanos Charles Frances Phillips, Michael Gold o el más conocido Robert Haberman. Gold podría ser un magnífico candidato para nuestra especulativa “hipótesis”. Judío neoyorquino de raíces rumanas, Gold dirigía la revista *New Masses* y estaba en contacto con los editores de *Cenit*, como lo muestra el hecho de que su propio libro *Judíos sin dinero*, fuera traducido por esta casa madrileña. En cualquier caso, a lo largo del período revolucionario las obras de Marx no son conocidas y cuando aparecieron sus ideas se asociarían a las de Bakunin, Kropotkin y sindicalistas de “doctrinas socialistas”. Realmente, los interesados en ideas radicales “externas” apenas diferenciaban anarquismo de socialismo o sindicalismo; adviértase que

<sup>12</sup> Gill (1956). Lomnitz (2014). Como auténtico superventas, *México bárbaro* ha tenido múltiples publicaciones.

<sup>13</sup> Gill (1956).

<sup>14</sup> Realizado en el semanario madrileño *La Emancipación*, cfr., García Cantú (1969). Aparicio (1952).

<sup>15</sup> La publicación como ‘folletín que se regalaba a los suscriptores’ inició en febrero de 1886.

<sup>16</sup> El resumen de Atienza comenzó a publicarse en marzo de 1886. El resumen de Deville sería publicado nuevamente en Madrid por el editor Francisco Beltrán con un estudio crítico de Vilfredo Pareto e incluyendo un apéndice del yerno de Marx, Paul Lafargue, en 1932, bajo la colección Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales, que sin duda también fue distribuido en México. Otras informaciones en Ed. Siglo XXI, décimo cuarta edición, 1984, pág. XX.

<sup>17</sup> Véase Rodríguez (2018).

<sup>18</sup> Esta edición formaba parte de su Colección “Daniel” y era distribuida por Librería Navarro, que al parecer también distribuyó una traducción del “Anti-Dühring” de Engels.

<sup>19</sup> Marx, Karl (1818-1883), *El capital*, traducción de Dionysios. Barcelona, B. Bauzá, s.a (Imp. B. Bauzá), VIII, 264 p. (Bibl. Helios). Bauzá editó sobre todo autores anarquistas. En 1932, también editó el conocido folleto marxiano, “Salario, precio y ganancia”; también traducido por “Dionysios”; ¿su seudónimo?

simpatizantes socialistas de la segunda mitad del siglo XX aún creían que las propuestas de Marx eran anti-estatalistas<sup>20</sup>, pero no tendríamos que sorprendernos pues no había “marxistas” en México. Para ser menos severos, quizá convenga recordar el comentario de Lenin con los teóricos de la Segunda Internacional: “durante medio siglo, no hubo un solo marxista que entendiese a Marx”.

De paso valdría anotar que los primeros esbozos biográficos de Marx tampoco ayudaban a interpretar sus escasos trabajos traducidos. Son resúmenes insertos en las traducciones de *El capital* antes referidas. Tendremos que esperar hasta 1935 y 1937 para que promotores de la educación socialista como José Mancisor, Rafael Ramos Pedrueza o Jesús Silva Herzog las divulguen a públicos más amplios. Ninguno de ellos pretende originalidad o realizar investigaciones sistemáticas, tampoco hay evidencia de que conocieran la biografía escrita por Franz Mehring. Por las escasas referencias de Silva suponemos que se valió de Otto Rühle y del ensayo de Harold Laski.

En el ciclo largo de la revolución social mexicana, la economía no cambió mucho pero el cuerpo social sí lo hizo en una dinámica polarizante. Surgieron muchas organizaciones obreras y campesinas con el membrete de socialistas. En julio de 1928, luego de cambios legales para avalar su reelección, fue asesinado Álvaro Obregón, el gran caudillo que recién había triunfado en comicios presidenciales; su asesinato originó un profundo cisma entre las facciones que controlaban el nuevo Estado. El presidente Plutarco Elías Calles para solucionar la crisis optó por fundar el Partido Nacional Revolucionario —que continúa aglutinando a las fracciones hegemónicas del país bajo el membrete de Partido Revolucionario Institucional—. Su fundación tuvo como base partidos minoritarios que se autodenominaban socialistas y que realmente eran controlados por miembros de camarillas locales o bien de la obregonista y callista que predominó desde 1923<sup>21</sup>. En el PNR se integraron fuerzas sociales dispersas que apoyaban al régimen a cambio de ventajas locales e incluso, aprove-

chando enfrentamientos por una nueva asonada militar, la coalición callista recurrió al asesinato selectivo de líderes radicales. Así que, en la confusión de la guerra de la primavera de 1929, el gobierno aprovechó para eliminar a José Guadalupe Rodríguez, importante miembro de la Liga Nacional Campesina y del Partido Comunista, en la Laguna. Fue uno entre otros descabezamientos claves que facilitarían el control de las centrales sindicales que paulatinamente se integrarían al PNR en la siguiente década.

Como el lector podrá suponer, en todas esas organizaciones desaparecerían las militancias reales. El Partido Comunista pasaría a la clandestinidad en 1929. Por supuesto hablamos de un grupo muy pequeño pero muy activo que parecía moverse bien en esta circunstancia “excepcional”; muestra de ello fue su periódico, *El Machete*, que continuó publicándose prácticamente sin interrupciones significativas. Habrá que decir que este icono de los pasquines radicales mexicanos no era una buena expresión del sentir de la clase trabajadora ni contenía ensayos de análisis marxista.

Habría que señalar que la estatización de organizaciones provinciales —al margen de su grado de radicalismo— ratificaría compromisos del nuevo régimen con sectores populares a costa de su independencia política. Este giro coincidió con cambios de relieve en la difusión del marxismo en Europa central; baste referir el ascenso del fascismo, la derrota de la socialdemocracia y la consolidación del stalinismo en la URSS. Es difícil decidir qué fue más perjudicial, pero si nos atenemos a los sucesos soviéticos cabría resaltar que esa consolidación significó el final de un ciclo de discusión pública y autocrítica entre los bolcheviques. También fue cercenada la recuperación de obras originales de Marx y se desalentó por completo su estudio crítico; lo que es evidenciado por los juicios seguidos contra personajes tan emblemáticos como Nikolai Bujarin, David Riazánov e Issac Rubin. Si en la URSS no hubo una etapa de discusión o ampliación de los principios de la “filosofía” marxista, sino que inmediatamente ocurrió el salto a su vul-

<sup>20</sup> Sánchez (1936). Alba (1960). González Ramírez (1966).

<sup>21</sup> En el noreste (Estado de Tamaulipas) lo hacían con el Partido Socialista Fronterizo cuyo líder era el obregocallista Emilio Portes Gil, en el centro sur (Morelos) con el Partido Socialista de Morelos encabezado por el también gobernador callista y antiagrarista Vicente Estrada Cajigal; los hermanos Carlos y Antonio Riva Palacio dominaban sobre el Partido Socialista del Estado de México, en Yucatán a través del partido que fundara el extinto Felipe Carrillo Puerto, el Partido Socialista del Sureste, en Tlaxcala, Veracruz, Hidalgo, Michoacán, etc., había organizaciones similares.

garización, en México, con menos tradición de debate público pronto se adoptaron los dogmas oficiales stalinianos acriticamente.

Para referir la clausura mexicana convendría rescatar la memoria de José Revueltas, distinguido militante comunista, al revalorar su experiencia de esos años:

El vicio de origen del Partido Comunista Mexicano y de todos los partidos comunistas en América Latina, con excepción probablemente de uno o dos, me refiero concretamente al Partido Chileno, fue que no se supieron integrar como autoconciencia de la clase obrera. Habiendo nacidos no como partidos de la clase obrera, sino como intentos de partidos de la clase obrera, debieron de haber comprendido eso desde el principio, pero el hecho de que los aceptara la Internacional Comunista, les hacía pensarse automáticamente como autoconciencia de la clase obrera, cosa que no eran en la práctica puesto que esto es un proceso, en primer lugar, de democracia cognoscitiva interna: saberse lo que es, lo que es uno, lo que es el propio ser del partido. Este vicio de origen nunca fue superado, pero si se hubiese podido comprender desde un principio que el hecho de ser miembros de la Internacional Comunista no nos hacía automáticamente ser el partido de vanguardia de la clase obrera, el PC hubiera podido asumir gradualmente su papel de integrarse como autoconciencia de la clase obrera, y tendríamos partido de la clase obrera.<sup>22</sup>

La construcción de tal “autoconciencia” colectiva solo puede hacerse deliberativamente, pero esto no ocurrió mientras que lo que sí sucedió fue que los nuevos estadistas decapitaban líderes y grupos independientes. Y al hacerlo prohijaban liderazgos adocenados o aliados, el más importante de estos fue el de Luis Napoleón Morones, cabeza de la poderosa Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), al que Elías Calles hizo Secretario de Industria y Comercio. Esta central obrera fue severamente cuestionada en la crisis política de julio de 1928. Su fractura daría nacimiento a la Central de Trabajadores de México (CTM), que fundó Vicente Lombardo Toledano, Subsecretario de Morones, quien dejaría

en claro que continuaría apoyando al gobierno. En medio de otras pugnas contra sindicalistas radicales ambientadas por una reforma a la Ley del Trabajo y en las que también Lombardo fue protagonista, el presidente interino Emilio Portes Gil suspendió relaciones diplomáticas con la URSS. El Partido Comunista pasó a la clandestinidad cuando ascendían liderazgos populistas endógenos, como el de Lombardo, también fundador del Partido Popular Socialista. Así mientras éste era protegido gubernamentalmente, el Partido Comunista pasó a una etapa de lucha clandestina, cuando ya habían sido cortados los pequeños brotes socialistas provinciales. Como el Partido Comunista antes, el Popular Socialista o Lombardista se ceñiría a las políticas y directrices stalinistas hasta entrados los años ochenta. No es exagerado señalar que en la presidencia de Cárdenas el populismo fue la doctrina del régimen, aunque oficialmente se denominara nacionalismo revolucionario era criticada por clases medias y opositores de *socialista*, porque no se percibían diferencias sustantivas con el socialismo. Además, el cardenismo desplegó esfuerzos diplomáticos inusuales, reproduciendo tesis de los frentes populares como dique ante el ascenso fascista.

Claro, en la jerga política la adopción del adjetivo “socialista” —y otros vocablos afines— fue temprana y carecía de referentes teóricos claros, además como sus usos eran muy heterógeneos es difícil ofrecer una definición unívoca. Por lo general —y hablando solo en sentido positivo— refería experimentos desacostumbrados, futuristas, con los que gobernantes ingenuos pretendían combatir alguna causa de atraso social como el fanatismo religioso, el analfabetismo o el alcoholismo, tan generalizados entre la población. Empleado como vituperio servía para acusar de demagogia, crimen u oportunismo; así lo usó un exporfirista al imputar a Plutarco Elías Calles, gobernador de Sonora, la tilde de “Bolshiviki”<sup>23</sup>. No era un caso único, otros gobiernos federales y subnacionales usaron la terminología roja desde el período constitucionalista (1915-1920) hasta el final del cardenismo (1940) e incluso adoptaron medidas asemejables a acciones soviéticas como: incautar bancos, nacionalizar empresas importantes —petróleo,

<sup>22</sup> Anguiano (1975: 189-190).

<sup>23</sup> Caro (1924).

ferrocarriles, etc.—, decomisar y repartir tierra, favorecer legalmente a los trabajadores, acotar el poder eclesiástico, intervenir en el mercado para regular precios, introducir regulaciones en la propiedad e inversiones extranjeras, etc. También podrían señalarse diferencias, pues los revolucionarios mexicanos además de dejar intacta la relación capital-trabajo, usaron recursos públicos para transformarse en empresarios<sup>24</sup>.

Nos hemos detenido en bosquejar políticamente los años treinta porque en estos ocurrió un *boom* de literatura socialista. En 1931 se tuvo noticia de una nueva edición —la primera de los tres tomos— de *El capital*, traducida por Manuel Pedroso y editada por Aguilar, en España. Se trató de una edición hasta cierto punto desafortunada, aunque abrió un camino imprevisto a los hispanohablantes puesto que fue descalificada para “la consulta o el estudio”. Apenas conocida, Wenceslao Roces, miembro del Comité Central del Partido Comunista Español publicó una dura recensión en el número 3 de la revista *Bolchevismo*<sup>25</sup>. Esta afortunada decepción fue la que lo impulsó a realizar su propio y fructífero trabajo de traducción del corpus marxiano por el que sería reconocido ampliamente en España y América. Finalmente, tampoco es claro, cuando se conoció la edición que en 1934 tradujo Wenceslao Roces para la editorial *Cénit*. Esta empresa, fundada por Rafael Giménez Siles en 1928<sup>26</sup>, lo acogió como socio y Director Literario. Es probable que haya sido comercializada por la *Compañía Ibero Americana de Publicaciones* (CIAP) que mantenía una librería en México o a través de Espasa Calpe, la que solía venderlos por catálogo y con vendedores ambulantes para evitar intermediarios. Ambas posibilidades podrían esclarecer el tipo de lectores que se acercaron a la mejor traducción conocida hasta antes de 1940 en caso de que exista algún tipo de registro archivístico. En todo caso, mediante la CIAP, *Cénit* dio a conocer su colección *Biblioteca Carlos Marx*, desde 1932. Otros textos de las colecciones *Crítica social*, *Novela proletaria* y *Las realidades del capitalismo* allanaron el terreno para que se conociera su versión de *El capital*. Es claro que el profesor y militante

comunista Roces incentivó el rigor y calidad de las traducciones, lo que se refleja en su versión afinada de la traducción completa (tomos II y III) de *El capital* que realizó en México para Fondo de Cultura Económica en 1946.

#### 4. El socialismo académico

A lo largo de los cincuenta se incubó un período distinto donde con intermitencias y altibajos se esbozó una renovación del pensamiento de izquierda. Varias causas lo propiciaban: siendo el descrédito gubernamental —y del PRI— que prohibaba una clase política corrupta de tintes dinásticos crecientemente alejada de la población general y el deterioro de las condiciones económicas sus ejes principales, pues alimentaban el espontáneo cuestionamiento contra el pronto envejecido régimen. Una clara expresión del deterioro vino con las luchas sindicales de ferrocarrileros y maestros, por señalar dos movimientos de gran envergadura social que vinculan esos fenómenos estructurales con el agotamiento de los mecanismos de control estatal. Las protestas sociales conocieron radicalizaciones guerrilleras como el asalto al cuartel madero en Chihuahua que, en pocos años daría aliento a la *Liga Comunista 23 de septiembre*. Otro factor de renovación vino del mayor número de jóvenes con educación media y profesional pues refrescó las esferas y los ejes de la discusión pública. No obstante, lo apretado de este recuento faltaría mencionar otros dos factores de carácter internacional que pesaron en el cambio de aires: el 20º congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que cuestionó el legado de Stalin y el triunfo y posterior radicalización de la revolución cubana.

La revolución cubana fue decisiva en Latinoamérica y en la atmósfera política mexicana. Usando como espejo la flamante experiencia cubana estudiosos de las ciencias sociales continuaron las evaluaciones críticas de una revolución que ya celebraba su 50º aniversario. Como sucedía a propósito de la revolución de 1917, la pregunta por su desvirtuación o giro de clausura se volvieron insistentes. Como en la URSS, se recurrió a teorías de la “desvia-

<sup>24</sup> Como funcionarios o empresarios expandieron mercados, aunque posteriormente los denominarán -según el marco legal modificado- de “economía mixta”. Con más titubeos que la URSS, crearon un estado benefactor (semi) gratuito, incubaron empresas estatales e intentaron permanecer neutrales ante los nuevos escenarios bélicos internacionales.

<sup>25</sup> Laso (2007: 6).

<sup>26</sup> Santonja (1983). Consultado el 9 de enero de 2018, 19:00

ción” o la “degradación”; en algún punto del medio siglo habría ocurrido un giro o una desnaturalización de objetivos —por cierto, nunca bien aclarados—. En simultáneo se conocían las simpatías —y antipatías— latinoamericanas hacia Cuba y se publicitaban los nuevos iconos del socialismo latinoamericano en imágenes de Fidel Castro y el Che Guevara, al lado de José Martí y Marx. Marx los volvía famosos pues su imagen era mundialmente conocida, mientras ellos lo americanizaban y rejuvenecían actualizando el dilema de la posibilidad del ‘socialismo en una sola isla’. Pero la ubicuidad y excesivo despliegue de imágenes no añadió inteligibilidad al discurso marxiano; pudo añadir interés, pero también, en contrario, podía obstruirlo pues podía parecer que Marx era un pensador que no era necesario leer pues ya todo el mundo sabía lo que en esencia había dicho y por tanto ya conocía sus ideas fundamentales o, al menos, tenía una idea bien formada de ellas: ya era una ideología.

Claro, estos estereotipos no eran las ideas de los nuevos líderes cubanos, quienes pronto reforzaron su cruzada cultural y reformularon sus ideas socialistas. Una prueba tangible de su interés fue la incubación de casas editoriales desde las que defenderían a su naciente Estado, como la Editorial Estudio. *El capital* fue publicado ahí en ediciones que hoy francamente son inconseguibles. Ejemplares de esta editorial y traducciones al español de editoras soviéticas se harían fácilmente asequibles a los izquierdistas mexicanos a precios incluso más económicos respecto de las distintas ediciones españolas o la última argentina de Editorial Cártao, que —literalmente— transcribió la traducción de Rocés.

En paralelo a este ambiente transcurría la profesionalización de las ciencias sociales y un mayor contacto con intérpretes del marxismo; renglón en el que destacarían Louis Althusser y Martha Harnecker. Su influencia sería innegable, aunque ligeramente posterior a los primeros trabajos marxistas de politólogos, sociólogos, historiadores, antropólogos y economistas interesados en interpretar aspectos del pasado y la realidad mexicana a través de enfoques de tendencias nacionalistas e izquierdistas. Serán varias las preocupaciones de quienes adopta-

rán tesis marxistas o próximas al marxismo, aunque quizá el eje principal sea la explicación del atraso mexicano desde sus campos de estudio. Un estupendo ejemplo, lo ofrece Pablo González Casanova con su disruptivo ensayo *La democracia en México* (1965), en el que discute la naturaleza autoritaria del Estado y su sesgado papel en la rectoría económica, mostrando como su interés modernizador acentuó deformaciones del proceso industrializador, una pésima distribución del ingreso, coartando la posibilidad de constituir un mercado interno sano<sup>27</sup>. Su estupendo ensayo motivó respuestas de varios pensadores. Incluso la de Octavio Paz, el más conocido literato que de joven simpatizó con ideas socialistas y quien coincidía en la idea benéfica general o histórica del Estado mexicano. La obra de González Casanova fue criticada por Víctor Flores Olea para quien el Estado poco podía lograr al combatir el atraso puesto que era producto de la irracionalidad del desarrollo capitalista. El Estado no era un sujeto auto reformable, una entelequia con rasgos rescatables, un ogro filantrópico; la postura de Flores Olea lo aproximaba más a la contraposición entre Estado y sociedad civil que Marx reflexionó desde joven. El desarrollo del capitalismo y el de la democracia burguesa no podían conciliarse en un sentido satisfactorio para las grandes masas de desheredados. Desde la historia económica, Enrique Semo Caley discutió la tesis del “colonialismo interno” y la transición gradualista a la democracia que vaticinaba González Casanova. La *Historia del capitalismo en México. Los orígenes, 1521-1763* (Ediciones Era, 1973) de Semo es el libro de historia económica más reeditado y vendido hasta la fecha, y tiene por base la tesis doctoral que defendió en la Humboldt Universität Zu Berlin; su impacto será relevante en las nuevas generaciones al rechazar la teoría de la dependencia en boga y proponer la coexistencia de tres modos de producción —despótico oriental, feudal y protocapitalista— en el arco temporal de su análisis. Semo tendría un papel relevante en el Partido Comunista y como editor de revistas, como la prestigiada *Historia y sociedad*.

Es imposible dar cuenta de los trabajos más representativos y mucho menos mostrar algu-

<sup>27</sup> Sobre problemas similares volvió en *La disputa por la nación* que escribió con Juan Felipe Leal y Arnaldo Córdova, en una interpretación de corte marxista. Con sabor determinista y más análisis teórico que histórico, A. Shulgovsky propuso una caracterización muy sugerente —la bonapartista— al examinar el periodo gubernamental cardenista.

nos de sus méritos. Sin embargo, deseamos dar cuenta de algunos de los más descolantes, tal podría ser el caso de *Dialéctica de la economía mexicana*<sup>28</sup>, como, Aguilar impulso los semanarios *Combate*, *Guión* y las revistas *Índice* y *Estrategia* además de impulsar el proyecto editorial *Nuestro Tiempo*. Y de bregar en la militancia política con el Movimiento de Liberación Nacional creado por el general L. Cárdenas para apoyar la revolución cubana. Representantes de una generación posterior dedicados al análisis antropológico Roger Bartra y Alfredo López Austin partirán de premisas elaboradas por Marx, en sus clásicos e influyentes trabajos: *El poder despótico* (1977) y *Hombre-dios* (1973).

El régimen fue relativamente tolerante con el mayor interés por la literatura radical que mostraban las clases medias urbanas y sectores populares descontentos. Las tensiones eran sobre todo discursivas y sus voceros descalificaban las nuevas expresiones con gran variedad de matices, defendiendo ideas un supuesto particularismo mexicano. Pero esto finalizó abruptamente entre 1968 y 1971, primero con la *masacre de Tlatelolco*, seguida del *Halconazo*, que mostraron la cerrazón y brutalidad que podía desplegar el Estado ante peticiones elementales de grupos universitarios pacíficos.

Cabe advertir que el espionaje y represión fue continua desde la guerra fría y más aún con la formación de actividad guerrillera en México. La organización de más relieve fue la *Liga Comunista 23 de septiembre* —el nombre conmemoraba el asalto de 1965 al Cuartel Madera, en Chihuahua—. La *Liga* se formó por tres organizaciones: juventudes comunistas del PC, la Liga Comunista Espartaco —fundamentalmente del Movimiento de Izquierda Estudiantil Revolucionario (MIER)— y Compañeros por el Socialismo. Otra organización de apariencia próxima fue el Partido de los Pobres; al que muchos jóvenes comunistas quisieron enrolarse, pero sus bases en la Sierra de Guerrero y su líder más destacado, Lucio Cabañas, los desalentaron. La Liga comunista y el *movimiento pobrista* caminarían en para-

lelo, ambos por cierto recurrirán a las labores clandestinas e incluso al secuestro para allegarse fondos. La *Liga* editará su periódico *Madera* inscribiendo el lema “Proletarios del mundo uníos”; resultará así difícil disociar el lema más famoso de Marx con la resolución de estos nuevos *narodnik* mexicanos<sup>29</sup>.

Paradójicamente, un resultado de la represión fue alentar la politización, incrementar el interés por ideologías radicales y el descontento contra el régimen que respondió prolongando su “guerra sucia”. En este ambiente se producirá el último impulso de difusión del marxismo durante el siglo XX. Para esteo serán relevantes los esfuerzos de casas editoras como Grijalbo, Ediciones Era, El Caballito, Juan Pablos Editor y Siglo XXI Editores principalmente.

Es de resaltar que se conocerán cuatro nuevas ediciones de *El capital*. Una de la editorial argentina Cártao, la más desafortunada pues literalmente copió la edición preparada por W. Rocés para Fondo de Cultura Económica en 1946. Al inicio de los años 70, la existencia de un amplio número de librerías independientes favorecía la difusión del pensamiento marxista. Por entonces circularon otras tres versiones castellanas; la de la editora española Akal. Otra de bien lograda manufactura que publicó Grijalbo cuya traducción se debió a la agraciada pluma de Manuel Sacristán. Y hacia 1975, dispondríamos de la mejor edición crítica en lengua española que se conoce hasta el presente, gracias a Siglo XXI editores y a la titánica labor de Pedro Scaron.

Por supuesto este ensayo sería mucho más extenso si pretendiéramos esbozar la traducción, edición e interpretación de otros textos clave como los *Grundrisse*, la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de 1857 o los *Manuscritos de economía y filosofía* de 1844. Valga referir que la *Contribución* conocería al menos cinco diversas traducciones al español; dos por editoriales españolas, Espasa Calpe y Comunicación; una mexicana por Siglo XXI; otra argentina por Estudio; y otra del gobierno cubano. Así, por ejemplo, los también denomi-

<sup>28</sup> Aguilar (1968).

<sup>29</sup> En todo caso el osificado régimen zarista cayó en las peculiares circunstancias de la 1ª guerra mundial, mientras que el Estado mexicano aún era joven y hábil en el manejo selectivo de la violencia, además de experimentado en la cooptación y degradación de descontentos. Además de la *Liga 23 de septiembre*, a muchos mexicanos les parecía repetible la historia de los revolucionarios cubanos, así que debiera colegirse que no tenían un buen análisis de la capacidad represiva del Estado mexicano. *De motu proprio* y con asesoría norteamericana, el Estado mexicano responderá con nuevas oleadas de represión a lo largo de los años setenta y ochenta.

nados *Manuscritos de París* fueron traducidos al español por primera vez en los años cuarenta por Editorial América, pero apenas recibieron atención. Todo lo contrario ocurrió luego que W. Roces los reeditara en 1962 a través de Grijalbo, pues se sucederían al menos seis nuevas ediciones y otra más del propio Roces en 1982 (Fondo de Cultura Económica)<sup>30</sup>. Los *Manuscritos* permitirán abordar de manera directa la concepción marxiana en torno a la esencia genérica humana, la enajenación, el trabajo y la emancipación; aunque relativamente criptica, su argumentación será de mayor impacto que la difícil y sugerente polémica que sostuvo en *La ideología alemana* con sus antiguos compañeros hegelianos; misma que, por cierto, conoció un menor número de ediciones en un intervalo similar<sup>31</sup>. También en ese ambiente se insertan su inclusión al debate sobre la *Judenfrage* tomando por icono a Bruno Bauer y misma que fue ampliamente descontextualizada y caricaturizada en Latinoamérica que apenas recientemente hay buenas interpretaciones<sup>32</sup>. En paralelo también se publicaron otros trabajos que permitían una mejor comprensión de distintos aspectos de su reflexión, labor política y estudios específicos como ocurre con sus *Teorías de la Plusvalía*, *El capítulo VI inédito de El capital*, *Glosas marginales a Wagner, Herr Vogt*, los *Manuscritos inéditos de Capital y Tecnología, 1861-1863* o versiones más extensas de su correspondencia como la sostenida con Nikolái F. Danielson y Vera Zassulich que, no obstante, seguían representando una fracción de los materiales asequibles en MEGA.

Ya señalamos la ironía de que las repeticiones multiplicaran luchas sindicales y generalizaran el mayor interés por aproximarse a pensadores socialistas y cómo fue que ello se reflejó en el crecimiento editorial de literatura izquierdista. Hay que señalar que aparecieron también revistas de orientación definitivamente marxista de buena calidad como *Dialéctica*, *Cuadernos Políticos*, *Cuadernos de Pasado*

y *Presente* o la segunda época de *Historia y Sociedad*; en cuyas páginas lo mismo se abordarían problemas de actualidad, que darían espacio a intérpretes clásicos y renombrados de *El capital* como Henryk Grossman<sup>33</sup>. Estas versiones facilitarían acceder a exégesis más elaboradas sobre la estructura lógica de *El capital*, así como a discusiones gnoseológicas que de foma aguda abordaron Karel Kosik, Roman Rosdollsky, Jindřich Zelény, etc<sup>34</sup>. No obstante, en esta época también presenciaremos otros dos vectores que contrarrestarán estos esfuerzos. Por un lado, una fuerte corriente vulgarizadora representada por Louis Althusser con su manual *Lire Le Capital* (traducido al español en 1969) y Nicos Poulantzas; por otro, un esfuerzo masivo de cooptación estatal de intelectuales. Omitiremos hablar de este último punto porque su carácter controversial lo volvería extenso y quizá injustificado.

La escuela althusseriana será divisoria. En un primer ciclo, los jóvenes alumnos de Althusser reproducirán su tesis del corte epistémico de 1846, con el objetivo de escindir al Marx joven o “humanista burgués” respecto del “maduro” que concibe el socialismo científico. Propondrán también una aproximación “expurgatorio-sicoanalítica” del corpus marxiano a partir también de filósofos franceses en boga, como Bachelard, Lacan, Foucault, Barthes, Canguilhem. Este tipo de interpretaciones althusserianas se pueden identificar en trabajos tempranos de Alberto Híjar, Raúl Olmedo, Adolfo Orive, Enrique González Rojo y César Morales. En contra de la interpretación de su maestro, se erigió la obra de uno de los pensadores marxistas más importantes en México, Adolfo Sánchez Vázquez. Sánchez Vázquez proponía una lectura directa y mucho más orgánica del pensador de Tréveris, que incluye novedosamente sus aspectos estéticos. Su crítica más directa a la escuela althusseriana queda expuesta en *Ciencia y revolución. El Marxismo de Althusser* (1978); y, en sus *Ensayos marxistas sobre filosofía e ideología* (Ed.

<sup>30</sup> No es posible detenernos en las múltiples ediciones de estos célebres *Manuscritos*, solo cabría anotar que es posible que en México se conociera tempranamente la edición que en 1960 hizo Austral; Santiago, Chile.

<sup>31</sup> Roces la tradujo en 1958 y fue publicada por Pueblos Unidos, en Montevideo. Su traducción fue nuevamente editada por Grijalbo, México, en 1970.

<sup>32</sup> Gerard (2007).

<sup>33</sup> Grossmann (1978). Que traducía el original publicado en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus un der Arbeiterbewegung*, en 1919.

<sup>34</sup> Infortunadamente no son conocidas en español las obras de Otto Morf y H. Reichelt. La de otro exégeta de relieve de la época, Alfred Sohn-Rethel, mereció algunas traducciones por la famosa editorial española El Viejo Topo.

Océano). Su recuperación de la “filosofía de la praxis” es su estandarte contra el teoricismos althusseriano.

Infortunadamente, apenas hay espacio para mencionar otra escuela marxista europea de influencia en México: la italiana. Ésta no se limita a la de filiación gramsciana, la cual merecería largas páginas si sólo nos atuviéramos al importantísimo legado intelectual y editorial de José Aricó a través del trabajo editorial de *Pasado y presente*. Pero aquélla no es reducible a ésta, pues sería —como será— injusto limitarnos a mencionar a Galvano Della Volpe, Umberto Cerroni, Bagio de Giovanni y Giacomo Marramao que aportarían numerosos y fecundos análisis filosófico-políticos; de los que una parte considerable aún demanda traductores<sup>35</sup>.

Desde luego, en la escuela italiana se localizan respuestas a las reductoras tesis de Althusser. Pero la que nos interesa más es la de Sánchez Vázquez, por cierto, cercana a los esfuerzos de su coterráneo W. Roces, en sentido de leer a Marx lo más directamente posible o confrontándolo con interpretaciones clásicas europeas o con las más rigurosas de las contemporáneas. Con él se inaugura un ambiente de reflexión aguda y no dogmática del corpus marxiano. De ese ambiente emergerá una nueva generación que representan Jorge Juanes, Armando Bartra, Carlos Pereyra, Andrea Revueltas y, ya trayendo una formación sólida de Alemania, el filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría. Ellos aportarán una interpretación fructífera y más coherente de tópicos y problemas que vinculaban al joven Marx y al Marx maduro: la escisión Estado-sociedad civil, el ser genérico, la estructura de las necesidades, la realización humana y la alienación, el reconocimiento amo-esclavo con la paradoja de la circulación mercantil simple y su superposición capitalista. Así, Pereyra discutirá con amplitud el problema del *Sujeto de la historia* y A. Bartra analizará la cuestión de la renta de la tierra, en sus *Notas sobre la cuestión campesina*, recuperando un estudio sistemático de las poco conocidas *Teorías de la Plusvalía*. Juanes y Echeverría ensayarán una temprana colaboración orientada a esclarecer el método, carácter científico y estructura lógica e histórica de

la *Crítica de la Economía Política*. Posteriormente y con base en una aproximación a la *Escuela de Frankfurt*, Juanes escribirá *Los caprichos de Occidente*, libro de cierta influencia entre estudiosos de la época en el que se adopta una distancia crítica frente a la racionalidad tecnológica que comenzaba a emprender vigoroso vuelo en los años ochenta. Echeverría también emprenderá aproximaciones de carácter integral en su exégesis: semióticas, antropológicas, lingüísticas, históricas, etc., como lo constata su texto *El discurso crítico de Marx* (Era, 1985). Un trabajo que sería difícil de realizar si no fuera por su extenso y agudo conocimiento de trabajos del mejor marxismo clásico como K. Korsch, R. Luxemburgo, G. Lukács, y de los menos conocidos, pero más actuales y rigurosos O. Morf, J. Zéleny, H. J. Krahl, H.G. Backhaus, H. Reichelet, etc.

Otros tipos de estudios, más orientados a explicar el subdesarrollo y la dependencia tecnológica, transcurrían simultáneamente con el interés de renovar el pensamiento económico. Dos flancos son visibles; el primero ocurrió bajo el aliento de la recién importada teoría de la dependencia que traerían exiliados políticos sudamericanos durante el primer lustro de los años setenta. Dicha teoría redundó en el problema del subdesarrollo que, también y por otras vías era objeto de preocupación de economistas nacionales especialmente luego de que fracasase el milagro mexicano —o modelo de desarrollo estabilizador—. Esto, a su vez, coincidía con la crítica a los postulados económicos del lombardismo que, en el seno del Partido Comunista Mexicano agitaba la discusión económica. Además de otros factores, los dos mencionados contribuyeron a la formación de una nueva corriente de economistas nacionalistas de izquierda, en la que Rolando Cordera y Carlos Tello aparecen como sus más conocidos exponentes que se ocuparán de estudiar las cuestiones de la deuda, la desigualdad, la industrialización y documentarán las notorias discrepancias entre el desarrollo capitalista “clásico” y el subdesarrollo latinoamericano. Ambos, como los autores arriba referidos, dan cuenta de la recepción, actualización y apropiamiento del corpus marxiano en la interpretación de los problemas del atraso capitalista en México.

<sup>35</sup> Cabe advertir que la escuela gramsciana tiene actualmente una influencia indirecta a través de los numerosos alumnos del filósofo español Gustavo Bueno, así como de su fundación.

## 5. Comentarios finales

En realidad, la imbricación de los horizontes reflexivos arriba esbozados, y sus posteriores síntesis, remitían a un problema donde convergían los desarrollos marxistas antes referidos. Coincidían en que el análisis de los problemas del atraso mexicano requería de un marco teórico mucho más amplio que, por cierto, tampoco la teoría de la dependencia o subdesarrollo latinoamericano subsanaba. Era un espejo y un punto de referencia obligado, pero no resolvía toda la problemática. Es decir, este subdesarrollo subcontinental solo podía resolverse en el marco explicativo del desarrollo del mundial del capitalismo. Un desarrollo que, además, conoció una diferencia específica fundamental al comienzo del siglo XX, coincidiendo con la revolución soviética y el fin de la primera guerra mundial, que desplazó el eje de la hegemonía capitalista a los Estados Unidos. Este cambio de eje situó también a América Latina en una posición instrumental más vulnerable que, al ser identificada por las *intelligentsias* nativas, produjo reacciones propias, más acotadas que las experiencias asiáticas, menos trágicas que las medio orientales y africanas y menos autónomas que las centro europeas.

La peculiaridad de la situación periférica latinoamericana, en consecuencia, al margen de su situación de permanente insuficiencia, irresolución o caracteres barrocos; ha dado lugar a experiencias de permanente olvido y reinención. Las renovadas disputas por el Estado incluso ahí donde alcanzaron su más genuina expresión popular —como fue la reciente experiencia uruguaya— nos revelan y deberían recordar que el Estado solo gestiona el “desarrollo” económico predominante. Conseguir su control puede ser clave para atenuar

deformaciones y barbarismos implícitos en el subdesarrollo, pero en su autonomía contemporánea no ha logrado proponer alternativas para resolver las contradicciones que lo vinculan y separan a la atomizada e hiperindividualista praxis de la sociedad civil-burguesa; no ha sido capaz de representar intereses genuinamente generales de largo plazo sustentados en un modelo de reproducción social alterno.

Deliberadamente deseamos acotar nuestra reflexión hasta los años ochenta, pues estos son el umbral que separa dos épocas distintas. Hasta entonces, la historia mundial transcurría alineada bajo una orientación bipolar: la coexistencia conflictiva, la competencia de dos sistemas económicos y dos ideologías funcionales a ellos que separaban el alineamiento diplomático entre Estados e, incluso, individuos, organizaciones y pueblos comprometidos en tensiones que rebasaban el marco de los nacionalismos estrechos. Al aflorar sus tensiones aparecían ideas para una nueva unificación global o para el exterminio generalizado. La historia se precipitó de un modo impensado al final de esa década a un cambio de época. Al margen de argumentaciones y explicaciones en detalle, el colapso del mundo soviético no vino por las ventajas tecnológicas norteamericanas ni por las bondades de la incipiente reestructuración capitalista occidental. Uno de sus corolarios más importantes fue que ninguna nación ni Estado quedó indemne ante sus trastornos. A décadas de este giro epocal una de las tareas del marxismo contemporáneo sigue siendo denunciar y aclarar las situaciones de degradación a las que nos ha conducido esta era de trastornos sin cambios esenciales que, en sus aspectos sociológicos y económicos fundamentales, diseccionara Karl Marx hace ciento cincuenta años.

## Bibliografía

- Alba, Víctor. 1960. *Las ideas sociales contemporáneas de México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anaya Merchant, Luis. 2014. Cajas de ahorro, sociedades mutualistas y cooperativas en México. del auge liberal a la revolución. *Historia de la Economía y de la Empresa, BBVA – Archivo Histórico*.
- Aguilar Monterde, Adolfo. 1968. *Dialéctica de la economía mexicana Del colonialismo al imperialismo*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Bartra, Armando. 1977. *El poder despótico burgués. Las raíces campesinas de las estructuras políticas de mediación*. México: Ediciones Era.
- Anguiano, Arturo, Guadalupe Pacheco y Rogelio Vizcaino. 1975. *Cárdenas y la izquierda mexicana. Ensayo, testimonios, documentos*. México: Juan Pablos Editor.
- Aparicio, A. L. 1952. *El movimiento obrero en México: antecedentes, desarrollo y tendencias*. México: Jus.

- Caro, Brígido. 1924. *Calles Bolshiviqui*. Los Angeles: Talleres Linotipográficos de El Heraldo de México.
- Cornú, August. 1967. *Carlos Marx, Federico Engels*. La Habana: Instituto del Libro.
- García Cantú, Gastón. 1969. *El socialismo en México, siglo XIX*. México: Ediciones Era.
- Gerard, Leopold. 2007. *El joven Karl Marx. Filosofía alemana, política moderna y realización humana*. Madrid: Akal.
- Gill, Mario. 1956. Turner, Flores Magón y los filibusteros. *Historia Mexicana*, 5 (4), abril-junio.
- González Ramírez, Manuel. 1966. *La revolución social de México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Grossmann, Henryk. 1978. Modificación del plan original de la estructura de El capital de Marx y sus causas. *Cuadernos de Pasado y Presente*. México: Siglo XXI.
- Laso Prieto, José María. Una conferencia sobre Wenceslao Roces. *El Catoblepas. Revista científica del presente*. 2007, 64, junio.
- Leal, Juan F. 1991. *Del mutualismo al sindicalismo en México: 1843-1911*. México: Ediciones El Caballito.
- Lomnitz, Claudio. 2014. *The return of Comarade Ricardo Flores Magón*. Berkeley: Center for Latin American Studie, UC.
- López Austin, Alfredo. 1973. *Hombre-dios. Religión y política en el mundo nahuatl*. México: UNAM.
- Manuel, Frank E. 1995. *A requiem for Karl Marx*. Cambridge Mass: Harvard University Press.
- Marx, Karl. 1958. *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos. Trad. W. Roces.
- 2018. [www.marx-wirklich-studieren.net](http://www.marx-wirklich-studieren.net)
- Marx, Karl y Friedrich, Engels. 2018, (1837-1895), [www.mlwerke.de](http://www.mlwerke.de)
- Rodríguez Braun. *Carlos, Orígenes del socialismo liberal el caso de Juan B. Justo*. Google Scholar, consultado enero 9, 2018, 15:00.
- Sánchez Reulet, Aníbal. 1936. *Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica*. Madrid: Tierra firme.
- Santonja, Gonzalo. 1983. *Breve perfil de la editorial Cenit (Madrid, 1928-1936)*. Cervantesvirtual.com. Consultado el 9 de enero de 2018, 19:00
- Sperber, Jonathan. 2013. *Karl Marx*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Turner, John K. 1967. *México Barbaro*. México: Costa Amic Editor.